

FRANCISCO ROMERO  
MAGISTRAL DE LA S. I. C. DE ZAMORA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

FRAY BARTOLOME  
DE OLMEDO

9

G-F 8973

1959



DGCL  
D

DE LA TIERRA Y DEL CIELO  
FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO

T. 158734  
C. 1199938



FRANCISCO ROMERO

MAESTRO DE LA S. O. DE SANCHA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

FRAY BARTOLOME DE OLMEDO



1959



F  
92  
OLM

FRANCISCO ROMERO

MAGISTRAL DE LA S. I. C. DE ZAMORA

OLMEDO

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

FRAY BARTOLOME DE OLMEDO

R-26.123



9

1959

FRANCISCO RÓMERO  
MAGISTRAL DE LA A. E. C. DE RAMONA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

FRAY BARTOLOME DE OLMEDO

9

1059

DEPOSITO LEGAL. -VA. 456-1959



R.121933

## I OLMEDO

Dormía la vieja Villa castellana arrebujaada en sus murallas, y dorada por el sol melancólico de otoño. Era la tarde, y yo penetraba por aquellas calles evocadoras agobiado, como con una cruz, con el peso de una historia. Se celebraban las fiestas conmemorativas de la pequeña y dulce Virgen de la Soterraña, Patrona de Olmedo.

Pero no sé por qué absorbente obsesión histórica, Olmedo no era para mí entonces ni escenario de hechos decisivos, ni engendrador de varones heroicos ni teatro de glorias y grandezas. Olmedo no era para mí más que una cosa: la cuna de Fray Bartolomé. Su figura se había adueñado de tal manera de mi espíritu que le veía pasear por aquellas calles, predicar en aquellas plazas, y salir al fin, aventurero y apóstol, para regalar a España el más florido de sus reinos americanos.

La figura gigante de Fray Bartolomé de Olmedo, vivía en el pueblo, al mismo tiempo que estaba muerta en la memoria de la mayor parte de sus paisanos. Los pueblos de Castilla que estén sin este pecado, que arrojen la primera piedra.

Pero hay héroes que no deben morir. Y menos tan eminentes como este egregio Mercedario, al que debió —iba a decir que toda entera— la conquista de la Nueva España. ¿Qué hubiera sido de Hernán Cortés y de sus tropas en México sino hubiera estado a su lado este frailecico belicoso, político, apóstol, que les salvó de todos los apuros, que les animó cuando ya desalentaban, que crucifijo en mano se lanzó el primero a las batallas? Su vida es tan asombrosa, que sólo se explica naciendo en un pueblo conquistador y de una raza de gigantes.

Yo hablé en aquella ocasión de todo ésto junto a la Virgen de la Soterraña. El fruto fué rodear de luz una figura señera, y que sus paisanos la consideraran como la más legítima de sus glorias. El Alcalde de Olmedo, ese querido amigo, tan madrugador para todo lo que se refiere a la grandeza de su pueblo, acogió la idea de honrar de algún modo a este hijo ilustre, y la contagió a la Corporación, que la recibió con entusiasmo.

Al año siguiente, al volver a la ciudad, y con motivo de las mismas fiestas, me encontré con la grata sorpresa de que el Ayuntamiento había inaugurado una gran Biblioteca Municipal, sobre la que campeaba este letrero: "Biblioteca Municipal de Fray Bartolomé de Olmedo".

Pero ésto no basta. Es tal la inconmensurable majestad de sus hazañas que están pidiendo a gritos un homenaje más extenso, más oficial y más popular al mismo tiempo. Yo propuse —y voy a insistir en ello— la erección de una estatua en medio de esa Plaza tan de época, tan castellana, tan señorial de Olmedo. Sin salir de sus murallas se puede encontrar un escultor de fama universal —también querido amigo— que pueda hacerla con arte y acierto. A la inauguración de esa estatua había que darle una solemnidad oficial y gubernamental digna del héroe.

Para probar la justicia de mi petición voy a ver si logro compendiar en unos cuantos artículos las hazañas portentosas del gran Mercedario. Se los dedico al pueblo de Olmedo al que debo tantas finezas, y a todos aquellos lectores que al leer estas proezas se sientan solidarios con la vida y trabajos de uno de los más grandes hombres de España.

Quiera Dios que el día que sea una realidad esa estatua puedan verla mis ojos y enaltecer al héroe mi palabra. Así se lo pido a la Virgen por medio de estas dos advocaciones gemelas: la Virgen de la Soterraña, Patrona de Olmedo, y Nuestra Señora de la Concha, Patrona de Zamora.



## II

### FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Estaba Fray Bartolomé en su Convento de Olmedo cuando recibió una orden de sus Superiores que llenó de gozo su corazón de aventurero y de apóstol. Don Cristóbal Colón, Almirante y Gobernador de las Indias Occidentales descubiertas, enviaba a la conquista de Cuba una gran armada, al mando de don Diego Velázquez, y en la que debían ir de Capellanes dos Padres Mercedarios: Fray Bartolomé de Olmedo y Fray Juan de Zambrana. En esa armada iba de Oficial Mayor, para tener cuenta con los quintos y hacienda real, un soldado extremeño que se llamaba Hernán Cortés.

Conquistada la isla para España, pensó don Diego Velázquez en el descubrimiento de nuevas tierras continentales, y para ello preparó de nuevo las naos de su flota. Al frente de una expedición iría el heroico extremeño que se avenía mal con las cuentas y con la vida ociosa de las Antillas. De Capellán de la aventura iría Fray Bartolomé de Olmedo, mientras Fray Juan de Zambrana quedaba en Cuba con su amigo don Diego Velázquez.

Navegó Cortés viento en popa, y el 25 de marzo de 1519, día de la Encarnación del Señor, tropezaron las proas de sus navíos con la primera tierra mexicana. Era la Isla de Tabasco, poblada de indios aguerridos y valerosos. Pasados los primeros momentos de estupor los indios se rehicieron y presentaron batalla. Fueron derrotados por los españoles que por eso pusieron a la Isla el nombre de Santa María de la Victoria.

Y empezaron las hazañas maravillosas del Mercedario apóstol. No bastaba derrotar a los indios, había que someterlos a España y a la fe. Fray Bartolomé los habla. No sabe todavía la lengua aborígen, y se vale de

Jerónimo de Aguilar, el intérprete. Los habla con tal convicción y tal gracia, que los indios empezaron a pedir a gritos el Bautismo. Se bautizaron muchos, entre ellos veinte indias principales, hijas de grandes Caciques de la Isla.

Aquel día puede decirse que por el celo de Fray Bartolomé se decidió el éxito de la conquista de México. Porque entre aquellas indias principales había una que aventajaba a todas en talento y hermosura. Era la Malitzin, que desde aquel día se llamó doña Marina. Aquella mujer admirable a la que el Mercedario de Olmedo hizo cristiana, a la que instruyó a la fe, a la que enseñó a hablar la lengua de los españoles, y que más adelante, dueña del corazón del Conquistador y de sus soldados había de ser el elemento más decisivo de la conquista.

No cabía en sí de gozo el fraile de Olmedo ante las primeras conquistas. Aprovechándose de que aquel día era Domingo de Ramos celebró la procesión de las palmas, de modo que los indios estaban admirados, y empezaron a cobrar afecto a nuestra fe. Para conservarla preparó una Capilla colocando en ella la imagen de Nuestra Señora y de la Santa Cruz. A su cuidado se quedó un soldado inválido ya de la primera batalla.

No olvidemos —y que no lo olvide sobre todo su pueblo—, esta primera hazaña del fraile conquistador que le hace merecedor de toda gloria. Para grabarla mejor en la memoria vamos a transcribir a la letra las palabras con que la pondera uno de los primeros Cronistas mexicanos: “De suerte, dice, que Fray Bartolomé de Olmedo, fraile Mercedario, fué el primero que dijo Misa en Nueva España, el primero que predicó, el primero que bautizó indios y los catequizó, el primero que puso altar, y dió a conocer el nombre de Dios y de las imágenes de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre”.

¡Buen panegírico para grabarlo en la primera piedra del pedestal de la estatua!

### III

Unos días se quedó Cortés en aquellas tierras tabasqueñas conquistando para España todos aquellos pueblos, entre ellos Villarica, a la que dieron los españoles el nombre de Vera Cruz. Aquí ocurrió un caso que demuestra el espíritu apostólico del gran Mercedario.

Llegaron de pronto por el mar dos ilustres Caciques mexicanos, con gran acompañamiento de hombres armados. Venían en son de paz, como embajadores del gran Emperador Moctezuma, para enterarse de los designios del Conquistador. Cortés les recibió amablemente y trató todo el día con ellos. Al despedirse a la hora del crepúsculo, sonó en el campamento español una fuerte campanilla que se oía en todas partes. Era Fray Bartolomé que tocaba al Angelus. El ejército entero se puso de rodillas, rezando la salutación angélica, ante una Cruz clavada en un médano de la playa.

Los indios que estaban presentes en gran multitud quedaron atónitos, y preguntaron los Caciques a doña Marina qué significaba aquello. Doña Marina transmitió la pregunta a Cortés, y el conquistador volviéndose a Fray Bartolomé, que estaba a su lado, le dijo estas palabras que nos ha conservado Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial: "Bien es ahora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa Fe". Fray Bartolomé aprovechó la ocasión, y valiéndose de los intérpretes les hizo un sermón tan admirable que, como dice ingenuamente el Cronista soldado "unos buenos teólogos no lo dijeran mejor". Los Caciques quedaron conmovidos y recibieron de manos del Mercedario una Cruz y una imagen de Nuestra Señora, que ellos prometieron tratar con toda decencia y entregar en las propias manos del Emperador Moctezuma.

Zarpó por fin la flota en busca de la tierra firme del continente mexicano. Pero apenas habían entrado un poco en él, los españoles se encontraron con un pueblo decidido e independiente que estuvo a punto de matar en flor todo el éxito del descubrimiento. Los tlascaltecas, enemigos de los mexicanos, y que mantenían en jaque los ejércitos del mismo Moctezuma. Apenas asomó a su jurisdicción la tropa de los españoles se encontraron con cincuenta mil indios armados que, divididos en cinco escuadrones, los acometieron, los cercaron y no les dieron descanso ni de día ni de noche. La situación se hizo insostenible y de ella salieron por la prudencia y decisión del fraile de Olmedo. El Cronista dice: "Dios infundía en el corazón y en la lengua de Fray Bartolomé pensamientos, palabras, razones y doctrina tan a tiempo y sazón que a todos los alentaba, a todos los consolaba y a todos los advertía lo más conveniente; él fue poniendo calor y viveza en las amistades de Cortés con los tlascaltecas, tan importante medio para conseguir el fin de la conquista, que por él se ve hoy la Nueva España sujeta a nuestros Reyes católicos".

Porque es lo cierto que la sagaz política del fraile, mientras Cortés peleaba, procuraba convencer a los de Tlascalala que les convenía unirse a los españoles para ir juntos contra el tirano Moctezuma a quien tanto odiaban. Los indios se dejaron convencer e hicieron con Cortés un pacto que fué decisivo en la conquista de México.

Entre tanto la situación de los españoles era casi desesperada. Enfermos, agotados, llenos de heridas, apenas podían sostener la lucha. Convencidos de que era una locura proseguir en aquellas condiciones la aventura, surgieron entre ellos grandes motines, murmuraciones contra Cortés, y aun desesperación pidiendo volverse atrás, y dejar para otra mejor ocasión y con más medios la conquista.

En medio de estos designios de los soldados, una noche, se vió por la parte del mar una gran llamarada. Fray Bartolomé había aconsejado a Cortés que quemara las naves, evitando a los suyos toda posibilidad de abandono.

de en México y en ella, en manos del ilustrado fraile de  
Quito, se fundó la casa en la que el Emperador  
se constituyó vasallo y tributario del rey de España.  
Dieron poco estas cosas. Los indios atentos y típi-  
cos por naturaleza quedaban por todos los medios  
pasando el modo de vivir de los españoles.

#### IV

Llegó por fin Cortés a la ciudad de México el día 8 de noviembre de 1519. Como por el camino todo fueron emboscadas y traiciones de los indios mexicanos, llamó poderosamente la atención de los españoles que antes de llegar a la ciudad, saliera nada menos que el Emperador Moctezuma a recibirlos, con una dignidad y una opulencia que dejó pasmados a los conquistadores. Quedaron aquel día los dos Jefes en apariencia amigos.

Fray Bartolomé aprovechó estos días para ver si lograba traer a la Religión al Emperador, seguro de que le seguiría todo su imperio. Comenzó a trabajarle con ayuda de doña Marina, con suaves y fervorosas pláticas que le dejaron irreductible. Un día, dice el testigo Bernal Díaz del Castillo, hizo un gran sermón a Moctezuma el Mercedario hablándole de la creación del mundo y de la redención de Cristo. Moctezuma le contestó, según el Cronista soldado “que el no había de dejar sus dioses de quien tanto bien habían recibido él y sus antepasados, y que por eso los tenía colocados en el mayor templo de México para que les socorrieran en sus necesidades”.

Viendo Fray Bartolomé la resistencia del Emperador, quiso sacar todo el partido posible del afecto que le demostraba, y le pidió permiso para que se hiciera una Iglesia en el Palacio donde se hospedaba Cortés, que era el mismo donde vivió el gran Axayaca, el padre de Moctezuma. Este no sólo lo concedió, sino que le envió un gran número de obreros y el material suficiente, y en pocos días se levantó la primera Iglesia de la Nueva España. En esta Iglesia dedicada seguramente a la Virgen de la Merced, se dijo la primera Misa solem-

ne en México, y en ella, en manos del ilustre fraile de Olmedo, se juraron las paces en las que el Emperador se constituía vasallo y tributario del rey de España.

Duraron poco estas paces. Los indios arteros y traidores por naturaleza, andaban por todos los medios buscando el modo de desembarazarse de los españoles. Cortés salió al paso de estas intrigas con un golpe de mano audaz y peligroso que todavía no han acabado de ponderar los historiadores. Cogió a Moctezuma y lo llevó preso a su propio Palacio. Moctezuma, el para ellos divino Emperador, contaba con millares y millones de indios aguerridos, y Cortés disponía de menos de cuatrocientos hombres, pues algunos habían quedado enterrados en tierras tlascaltecas.

Fray Bartolomé fué en este tiempo el amigo y el consolador del gran Emperador. Le puso a su lado a un pajecillo, llamado Orteguilla, que ya había aprendido la lengua de los indios, para que aprovechara todas las ocasiones de instruirle. El personalmente pasaba con el preso largos ratos inclinándole a la conversión.

Un día Moctezuma pidió permiso a Cortés para ir al gran templo a hacer oraciones y sacrificios a los dioses. Cortés le dejó ir acompañado de cuatro capitanes de su guardia. Iba además Fray Bartolomé como garantía de que no harían sacrificios humanos, como se acostumbraba en aquellos lugares abominables. Cuando llegó ya era tarde. Cuatro indios colgaban despedazados sobre el ara del templo. El Mercedario le reprendió ásperamente y les habló del sacrificio limpio e inocente de nuestra religión. Moctezuma se conmovió. Entonces el fraile le dijo que para purificar aquel lugar le dejase poner en él una imagen de la Virgen en un lugar apartado del templo.

Y así fué, como, por el celo admirable del fraile de Olmedo, se venera por vez primera en México esa Virgen de los Remedios, que hoy aman tanto y con tanto amor los mexicanos.

## V

Mientras Cortés, preso Moctezuma, alimentaba la esperanza de apoderarse pacíficamente del Imperio, sucedió un episodio que hubiera dado al traste con la conquista, sino hubiera sido por el celo y la habilidad política de Fray Bartolomé de Olmedo.

Llegó a Cuba a oídos de don Diego de Velázquez la fama de las conquistas de Cortés, y por una parte la envidia y por otra el miedo de que se le levantara el extremeño con el santo y la limosna, sin respeto a sus derechos de Gobernador, le hicieron tomar una funesta determinación.

Preparó una armada compuesta por diez y nueve bajeles, y embarcó en ellos mil cuatrocientos soldados con su artillería y municiones, ochenta hombres a caballo, ballesteros y escopeteros, y puso al frente de los expedicionarios a su íntimo amigo el general don Pánfilo de Narváez, con orden de apoderarse en su nombre de aquella tierra y traerle preso a Cortés vivo o muerto.

La noticia consternó a todo el ejército conquistador. Una guerra civil les restaría el prestigio entre los indios y por otra parte, peor pertrechados y menos numerosos llevaban las de perder. ¿Y qué haría un Pánfilo de Narváez, desconocedor de las tretas indias, que también conocía Cortés, para adelantar en la conquista? El fracaso era seguro.

El extremeño no pensó en luchar sino en último extremo. Mandó embajadores a Narváez, que ya se había apoderado de Veracruz, y preparaba su marcha sobre México. Narváez se negaba a toda transición y exigió la rendición sin condiciones.

Entonces, como en todas las situaciones desesperadas, aparece en escena el fraile de Olmedo. El Cronista dice "que Cortés con todos los capitanes, caballeros

y soldados, le instaron a Fray Bartolomé a que hiciese su embajada, porque conocían su buen juicio, ingenio y prudencia, y que aquello convenía al servicio de ambas majestades” Fray Bartolomé se dejó convencer “y encomendando de veras a Dios negocio tan árduo, en que sin duda alguna coincidió lo principal de la conquista de esta Nueva España” se fué al Real de Narváez, sin arredrarse por dificultades y peligros.

El embajador Mercedario se presentó en el campamento enemigo acompañado solamente de un soldado que se llamaba Bartolomé de Usagre, y era hermano del Jefe de la artillería de Narváez. Después de saludar a éste le dijo que dejaba la embajada para otro día, pues venía muy fatigado del viaje. Y aquella noche a espaldas del incauto General, convocó a los principales caballeros y después de haber repartido entre ellos ricos presentes, les habló largamente de cuanto sería del servicio de Dios y de su Majestad que todos se unieran bajo el mando de Cortés, único que podía llevar a feliz término la conquista.

Ganados para su causa y convencidos por las razones del fraile estos capitanes, convenció a Narváez de lo fácil que sería apoderarse de Cortés y de sus tropas, pero que antes convenía atraerlas con el pretexto de una entrevista cerca del campamento, donde sería más fácil prenderle. Se convino la entrevista para una aldea cercana, a donde fueron los caballeros de Narváez, ya ganados por Fray Bartolomé, a juntarse con Cortés y sus amigos. Cortés que estaba sobre aviso de todo, reunió sus tropas, y con aquellos caballeros se vino al campamento de Narváez. Todo lo cuenta con detalle Bernal Díaz, para gloria del fraile de Olmedo.

El resultado lo resume así el viejo Cronista mexicano: “De lo que dice Bernal Díaz se colige bien la prudencia y agudeza de ingenio de Fray Bartolomé de Olmedo, en los medios que usó en su embajada, en qué consistió todo el buen suceso de Cortés y el proseguir la conquista de la Nueva España. Pues es cierto que si

sucediera al revés, o no hubiera ejecutado esta acción mañosa Fray Bartolomé no sabemos el suceso que hubiera y los males y escándalos que se siguieran. Pero por el buen celo en servicio de ambas Majestades, y por la buena disposición de tan discreto religioso, cogió Cortés a Narváez no muy apercebido, viniendo a batalla le prendió y le llevó consigo; agregó a su ejército todos los soldados de Narváez, y juntó más de mil quinientos soldados españoles que llevó a México a continuar su valerosa conquista de aquel Reino.

## VI

Volvía muy satisfecho Cortés con los refuerzos que le había proporcionado la política sagaz de Fray Bartolomé de Olmedo, y apenas había tenido tiempo de acuartelarlos, cuando la conquista se vió de nuevo en el más grande de sus peligros.

Los indios llevaban muy a mal la prisión de Moctezuma. Manos humanas se habían atrevido atentar contra el hijo predilecto de los dioses. Tomó el mando Coadlauaca, un viejo primo del Emperador que murió pronto, y entonces se puso al frente del Imperio y de la rebelión su sobrino Guatimuz, mozo valeroso y gran soldado, que desde el principio pensó en libertar a su tío y arrojar de México a los españoles.

Con gran secreto y prontitud reunió un ejército de hasta cien mil indios, y con ellos se vino a cercar el palacio donde estaba preso el Emperador. Cortés vió enseguida el peligro de la situación. Habían muerto ya algunos de los soldados españoles y los indios habían pegado fuego por algunas partes, cuando se le ocurrió que una palabra de Moctezuma podía calmar a aquella multitud. Envió para conseguirlo a su gran consejero Fray Bartolomé de Olmedo. El fraile habló a Moctezuma, y le convenció con gran trabajo, pues el Emperador llevaba muy a mal, como es natural, su cautiverio, y



estaba muy indignado con Cortés. Al fin a los ruegos del Mercedario accedió a asomarse a una ventana para dar a entender a los indios que estaba vivo y pedía que se apaciguasen. Pero los indios estaban tan ciegameamente indignados que apenas se asomó y sin dejarle hablar, le enviaron unas flechas y unas pedradas derribándole mortalmente herido.

Cortés pensó enseguida en lo que se le venía encima, pero Fray Bartolomé no pensó más desde aquel instante que en salvarle para la eternidad. No se apartó un momento de su lado. No perdonó medio para empujarle hacia el santo Bautismo que había de ser la puerta de su salvación. Moctezuma estaba desesperado. No sintió que le curaran las heridas, y se quitaba a tirones las vendas que le ponía doña Marina con mucho amor. Pedía a voces la muerte y la venganza viéndose morir deshonorado y a manos de su pueblo. Fray Bartolomé le hablaba de los consuelos del cielo.

¿Llegó a bautizarle? Diego Muñoz Camargo, historiador de Tlascala, dice que “oyó a muchos de los conquistadores, que conoció y comunicó, que estando ya para morir pidió el agua del Bautismo, y que fué bautizado cristiano, y que fueron sus padrinos Hernán Cortés, Pedro de Alvarado y Cristóbal Olid”. No parece que ésto sea verdad. El silencio sobre ello de Bernal Díaz, testigo tan cercano de los hechos lo hace sospechar así. ¿Como iba a omitir él, que no perdona los detalles más nímios, un caso tan honroso para los españoles, como el de haber conseguido que muriera cristiano el Emperador? Antonio de Herrera, en su Historia de las Indias, lo niega, y Fray Juan de Torquemada, en su Monarquía Indiana lo niega a su vez. Este nos parece que es el historiador que con más signos de verdad describe la muerte de Moctezuma; y en esta descripción, que coincide en casi todos sus detalles con la de Bernal Díaz, hace resaltar el celo y la piedad de Fray Bartolomé, y las diligencias que hizo para que se bautizase y salvase su alma. A esta diligencia contestaba

invariablemente Moctezuma que para media hora que le quedaba de vida no se quería apartar de la religión de sus padres. Por justos e inescrutables juicios de Dios murió en el error, cuando tenía en su mano la salvación.

Los españoles se prepararon para todas las contingencias. Comprendían que la noticia de la muerte de Moctezuma, acarrearía un levantamiento general de los indios. La situación iba a ser tan desesperada que sólo los sacarían con bien de ella el valor de Cortés y la prudencia y el tesón de Fray Bartolomé de Olmedo.

## VII

Se ensoberbecieron los indios con la muerte de Moctezuma, y se mostraron dispuestos a todo. El mozo Guatimuz, con un número cada vez más crecido de guerreros, apretó el cerco de los Palacios donde se hospedaban Cortés y sus tropas con tal ahinco, que puso a los españoles en una situación desesperada. Flacos de fuerza y cansados del continuo defenderse, no pensaban en otra cosa que en huir de aquel infierno, ya que parecía haberse puesto imposible la conquista.

Una noche —aquella noche triste tan contada por los historiadores y tan cantada por los poetas— hicieron los nuestros su salida, perseguidos encarnizadamente por los indios. Bernal Díaz que iba entre los huidos describe aquella noche trágica. Muchos murieron a manos de los indios, otros se ahogaron en las acequias, y algunos fueron presos vivos y llevados como víctimas al sacrificio sangriento de los ídolos.

Al fin llegaron a un montículo donde se fortificaron con sus posibilidades de defensa. Allí lloró Cortés todas sus esperanzas perdidas. Y la causa principal de su llanto fué el verse privado de Fray Bartolomé el que creía muerto en el camino. Las tropas lamentaban tristemente la pérdida de su Padre y Apóstol, único capaz de poderles sacar, como en otras veces, del apuro en que se encontraban.

Cuatro días llevaban acampados, cuando una tarde vieron venir a lo lejos subiendo riscos al frailecito de Olmedo, desplegadas al viento las alas de su hábito blanco de mercedario. Los españoles prorrumpieron en gritos estentóreos de alegría. Fray Bartolomé contó su odisea. Huyendo como los otros, y en medio de la oscuridad cayó en una acequia. Allí le cogieron los indios que le dieron muchos golpes y muy malos tratamientos. No le mataron porque le reservaron como la principal víctima a sus dioses. Camino de México, sus guardianes, fatigadísimos de la jornada, cayeron en un profundo sueño, y logró escapar.

Enseguida se puso a su gran tarea de levantar los ánimos de los decaídos españoles. Les dijo Misa, les confesó y les arengó para que confiaran en Dios y no perdieran la esperanza en la conquista. Y al cabo de algún tiempo Cortés con nuevos bríos y nuevos refuerzos se lanza contra México. Fray Bartolomé ha convencido a los de Tlascala que debían ayudar a los españoles contra los mexicanos sus grandes enemigos. Esta vez la protección de Dios fué tan abundante y el valor de Cortés y de sus españoles tan extraordinario que les hicieron dueños de la ciudad y de todo el Reino de la Nueva España.

Bernal Díaz cuenta estos episodios largamente. A mí me basta recoger dos episodios que demuestran el prestigio y el carácter del heroico y santo Mercedario de Olmedo.

En la ciudad de Moctezuma se dedicaron los españoles a recoger el oro que pudieron hallar. Trataron de repartirlo y empezaron, como suele suceder en estos casos, grandes disensiones entre capitanes y soldados y grandes pesadumbres para Cortés que los veía de nuevo divididos y en guerra. Fray Bartolomé los reunió y les dijo que aquel primer oro de México, si ellos tenían entrañas de caridad y eran cristianos debía de ser primero para hacer una Iglesia a Dios, y luego para socorrer a los soldados que habían quedado mutilados de la cam-

paña y padecían enfermedades y pobreza; que él personalmente, como lo había hecho en ocasiones parecidas, nada quería para sí, pues se contentaba con las almas que convirtiese a Dios. Así se hizo y volvió la paz al campamento.

Otra cosa cuenta el Cronista digna de anotarse. Rendido México, preso Guatimuz y aniquilado el ejército de los indios, Cortés quiso celebrar la victoria y reunió en un gran banquete a todos sus soldados. El banquete transcurrió entre gran algaraza y con la alegría consiguiente. Pero resultó que las bebidas mexicanas se vengaron de la derrota, apoderándose de la cabeza de los españoles. Comenzaron los brindis, unos a la salud de Cortés, otros a la de sus valerosos capitanes, y la lengua, mal dirigida, no parece que se puso de acuerdo con la honestidad y la razón. Oyéndolo Fray Bartolomé, que estaba presente, se encendió en santo celo, y levantando la voz les dió una gentil reprensión, diciéndoles que no era tiempo de aquel desorden, ni de celebrar una victoria tan milagrosa que por Dios y la Santísima Madre se había conseguido, con brindis escandalosos, sino con plegarias y hacimientos de gracias a la misericordia divina.

Al día siguiente confesaron y comulgaron todos, y se hizo una gran procesión que presidía muy contento Fray Bartolomé, viendo la cristiandad de los españoles, y la mies abundante que le prometían aquellos indios que se arrodillaban a su paso.

## VIII

Hecha la paz, no pensó Fray Bartolomé en otra cosa que en lo que era su único anhelo; ganar a los indios para Cristo, como Hernán Cortés con su ayuda los había ganado para España. Y cuando comenzaba a trazar sus planes, he aquí que un Capitán de Cortés, Pedro de Alvarado, gran amigo suyo, le propone que vaya con él a la conquista de Guatemala, de cuyas tierras había

en México algunas oscuras noticias. !Gran fe y gran espíritu el de aquellos hombres que sin haber descansado de las fatigas de tan difícil conquista, ya piensan en nuevas aventuras;

Alvarado propuso la idea a Cortés que la aprobó lleno de gozo, pero cuando se habló de llevar consigo a Fray Bartolomé, el Caudillo se opuso rotundamente diciendo lo mucho que le quería, y la falta grande que les había de hacer a todos, pues ausentándose de ellos, les había de faltar el consuelo de sus ahogos y el acierto en sus consejos. Cedió al fin, a las instancias del fraile, pero no sin la condición de que viniese de Cuba otro fraile de la Merced, Fray Juan de las Varillas, que había de ser después un gran apóstol de los mexicanos.

El viaje, como es de suponer, estaba erizado de dificultades que sólo con la mucha confianza en Dios se podían vencer. Lo de menos era ir por bosques impracticables, subir a montañas inaccesibles, vadear ríos caudalosos y amenazantes. Lo principal que había que vencer era la hostilidad de los indios que les habían de poner grandes peligros de fracaso en su atrevida expedición. Y no sólo los indios, sino también la ambición de los mismos expedicionarios españoles que se olvidarían a veces del temor de Dios.

Apenas habían andado cuarenta leguas, y estaban en la ciudad de Oaxaca, los soldados que habían pacificado el pueblo, maquinaron una conjuración, pretendiendo quitar de en medio a Pedro de Alvarado, y continuar por su cuenta la conquista. Pedro de Alvarado, dice el Cronista mexicano, llevaba consigo a un angel de su Guarda, que era Fray Bartolomé, que con su mucha prudencia descubrió la traición que se intentaba, y con gran cordura dió cuenta de ella al Capitán que prendió y castigó a los jefes de la conspiración, y con los demás, aleccionados con el castigo pudo proseguir su viaje en paz.

Llenos de fatigas llegaron a Utlatán donde les esperaba la prueba mayor de la campaña. Los indios les

esperaban bien parapetados, y los recibieron con un diluvio de flechas y de piedras. Los españoles comenzaron a flaquear y a intentar retroceder, Fray Bartolomé les arengó con valeroso espíritu exhortándoles a que se defendieran y pelearan, porque importaba extender y dilatar en aquella tierra nuestra santa Fé y el nombre de Cristo, en cuyo nombre les prometía la victoria.

Los españoles se rehicieron, dieron el asalto y los indios quedaron derrotados. Por las gestiones de Fray Bartolomé los caciques pidieron la paz. Pero su espíritu traidor no les dejó por mucho tiempo cumplir sus promesas. Se conjuraron para matar a Alvarado y a sus soldados. Advertido a tiempo de la traición el Capitán español hizo prender al Cacique principal, y le condenó a ser quemado vivo para ejemplo de los demás. El espíritu apostólico de Fray Bartolomé no podía consentir aquella crueldad. Pidió a Alvarado un día de plazo para tratar de convertir al Cacique a nuestra Fe. Y tan finamente le persuadió que el Cacique se bautizó, se confesó y se hizo cristiano. Entonces Alvarado consintió en que le ahorcaran, ayudándole el Mercedario a bien morir como un padre.

Este ejemplo redujo a los indios y los preparó a escuchar la palabra del apóstol. Fray Bartolomé dispuso una gran procesión con la Virgen Santísima, después de haber comulgado todos los españoles, y al acabar echó un sermón tan lleno de fervor que allí mismo bautizó a muchos de los indios del pueblo.

Entraron por fin en Guatemala donde encontraron a todos los indios de paz, y dispuestos a someterse sin lucha a la corona de España. Fray Bartolomé no desaprovechó tan buenas disposiciones. Comenzó su evangelización con todo celo. Llenó los pueblos de altares de la Cruz y de imágenes de la Virgen. Los indios se quedaban atónitos mirando el lindo rostro de la Señora. El fraile les explicaba quién era, y de allí los llevaba al conocimiento de la Encarnación y Redención de Nuestro Señor.

El fruto fué tan abundante que cuenta Bernal Díaz que, llegando los indios zapotecas a someterse, Fray Bartolomé los adoctrinó, bautizando sólo aquel día más de quinientos. Y añade ingenuamente el Cronista soldado: "Era el buen Fray Bartolomé de Olmedo santo fraile, y trabajó mucho, y es así que sólo teniendo un celo santo, muy del agrado de Dios, podía tener tanto tesón en trabajos tan continuos".

## IX

Volvió Fray Bartolomé a México viejo y achacoso, tras la pacificación y evangelización de Guatemala. En México había que organizar todo lo referente a lo espiritual de la conquista, y pidió a España le mandaran operarios que recogieran la mies abundante que él había sembrado con tan admirable celo y esfuerzo. Mientras llegaban, trató de que se edificaran Iglesias estratégicas en los distintos barrios de la ciudad para los apóstoles que esperaba. Y convenció a Cortés de que la obra que más urgía, después de la casa de Dios, era la casa de los pobres. De entonces data el magnífico Hospital de Nuestra Señora de la Concepción que luego se llamó de Jesús de Nazareno, por la imagen prodigiosa que lo presidió, y que tanto aman los mexicanos.

Estando entregado en cuerpo y alma a su Hospital, le llegó la grata noticia de que no disponiendo los Mercedarios de personal suficiente, Su Majestad enviaba a México diez franciscanos que acababan de desembarcar en Veracruz. El gozo de Fray Bartolomé fué muy grande. El Cronista dice que el Mercedario "los recibió con los brazos abiertos, bañando en gustosas lágrimas sus mejillas, por tener ya pastores a quien dejar con toda seguridad el rebaño, y luego los llevó a su casa y los hospedó con todo cariño y regalo, y los fué instruyendo en el modo que habían de portarse con los indios".

Con estos franciscanos venía un frailecico humilde, modesto, oscuro, que se había de desenvolver con el tiempo en tan admirable claridad que habrá algún día que pedir para su nombre y hazañas un homenaje semejante: Fray Toribio de Benavente.

Por este tiempo decidió Cortés salir a la conquista de Honduras. Al ausentarse encargó de conservar la paz y la extensión espiritual del Reino de Dios en la Nueva España al franciscano zamorano, que ya empezaba a hacer famoso su sobrenombre de Fray Toribio de Motolinia; pero le impuso como obligación someterse en todo a la dirección y consejos de Fray Bartolomé, quien por su enfermedad no se podía encargar ya de tan difíciles menesteres.

Sabido es lo que pasó en esta conquista de Honduras. Mientras el heroico Cortés estaba pasando por España nuevos trabajos, los Gobernadores que dejó en México le traicionaron, y estuvo a punto de estallar una guerra civil.

Uno de los partidarios de Cortés, el Licenciado Alonso Zuazo, fué desterrado, por los insurgentes, a Cuba, desde donde pudo avisar al Conquistador lo que pasaba. Precisamente en esta carta que nos conserva Bernal Díaz da a Cortés la infausta noticia. El Cronista soldado con las mismas palabras del Licenciado Zuazo la resume así: "Murió el buen Padre Fray Bartolomé de Olmedo, que era un santo hombre, y que le había llorado todo México; que le habían enterrado con gran pompa en Señor Santiago, y que los indios habían estado todo el tiempo desde que murió hasta que le enterraron sin comer bocado; y que los Padres de San Francisco habían predicado a sus honras y enterramiento. Y que habían dicho de él que era un santo varón, y que le debía mucho el Emperador, pero más los indios; pues si al Emperador le había dado aquellos vasallos, como Cortés y los demás conquistadores viejos, a los indios les había convertido o dado el conocimiento de Dios, y ganado sus almas para el cielo; y que había convertido y bau-

tizado a más de dos mil quinientos indios en Nueva España. El predicador ponderó que había hecho mucha falta Fray Bartolomé de Olmedo, porque con su autoridad y santidad componía disenciones y ruido y hacía bien a los pobres”.

Con razón el Cronista mexicano al llorar su muerte pondera en un ferviente panegírico cuán santa debió ser aquella muerte, pues pudo presentar a Nuestro Señor los trabajos que había padecido por dilatar en este mundo su santo Nombre, por introducir el Santo Evangelio y enseñar la doctrina cristiana; como lo recibiría el seguro Remunerador de las virtudes, poniéndole la corona de los mártires en sus trabajos por Dios; de confesor por sus virtudes heriocas de caridad y penitencia; de predicador y maestro espiritual de tantos hijos. En fin, murió con opinión de varón justo, ejemplar y caritativo, y como tal le lloraron todos los que lo perdieron.

## X

Hay héroes con suerte. Héroes que entran en el templo de la fama por la puerta grande de la Historia, y allí reciben el humo continuo de todos los inciensos. Y hay héroes oscuros, que sin ser inferiores en hazañas son injustamente inferiores en gloria. A aquéllos hay que honrarlos; pero a éstos hay que sacarlos de debajo del celemín y ponerlos sobre el candelero para que llegue a todos la luz de sus proezas.

A Fray Bartolomé de Olmedo no se le ha hecho justicia. Ni su pueblo que debiera manifestar públicamente su gozo por tener tal hijo, ni las naciones que se han olvidado demasiado de que fué su primer evangelizador y apóstol.

Ya en su tiempo se quejaba de ello un poeta americano, enamorado de la figura histórica del fraile de Olmedo. Se pintó un cuadro en el que el heroico Mercedario figuraba bautizando a Ixtilxochilt, rey de

Tezcuco, y el poeta, el egregio P. Aldana, ponía al pie del cuadro la siguiente décima:

“Apláudete este Orbe entero, grande Fray Bartolomé, porque para el sol de fe le serviste de lucero. De haber sido tú el primero de este Orbe conquistador, nadie borra el esplendor, aunque otros después vinieron. ellos apóstoles fueron, pero tú, su precursor”.

Y es esta gloria de precursor la que no debieron olvidar aquellas naciones americanas que de él recibieron la primera semilla de la civilización y de la fe. Precisamente en estos años los pueblos americanos han rivalizado en colmar de honores a sus primeros apóstoles. Brasil está muy orgulloso de su P. Anchieta; Norteamérica de su Fray Junípero Serra; la India y el Japón de su Javier.

¿Por qué México y Guatemala no lo han de estar de su Fray Bartolomé de Olmedo y por qué no ha de demostrarlo con los mismos honores?

Y no es quitarle a Cortés ninguno de los atributos con que ha pasado a la Historia como héroe valiente, prudente y de un ánimo extraordinario y gigante. Es que creemos que todos sus honores de conquistador los debe compartir con este frailecico maravilloso sin el cual no hubiera podido quedar completa su conquista.

El Cronista P. Francisco de Pareja desarrolla acertadamente esta idea con estas palabras gráficas y compendiosas: “A un tiempo mismo iban entrando el valeroso capitán Hernando Cortés y el varón Fray Bartolomé de Olmedo, el uno conquistando la tierra para el Imperio de nuestro gran Monarca y Señor Carlos V, y el otro ganando aquellas almas para el cielo. Al modo de cuando Dios envió a aquel valeroso Caudillo Moisés a domar la cerviz dura de Faraón para libertar a su pueblo a quien oprimía su crueldad, que le dió por compañero a su hermano Aarón, sacerdote de la Ley. Porque para la redención de este pueblo no bastaba el brazo valiente de Moisés si faltaba la elocuencia del sacerdote Aarón, que ambos eran una misma mano para esta pro-

digiosa conquista. Así les sucedió a nuestros famosos conquistadores Cortés y Fray Bartolomé, que para la libertad espiritual que tan quitada le tenía el tirano Faraón del demonio fué necesario que se juntaran estas dos manos en una, y que cuando Cortés los conquistaba con su brazo en lo temporal de sus cuerpos, Fray Bartolomé con la elocuencia de su lengua los libertase ganándolos en lo espiritual de sus almas”.

Sólo muy por encima hemos podido enumerar las hazañas decisivas y heroicas de este gran Conquistador espiritual de Guatemala y de la Nueva España. Pero estas líneas escritas al correr de la pluma creemos bastarán para probar la justicia con que pedimos para el hijo de Olmedo este homenaje. ¿Llegará un día en que sea una realidad?. Yo sueño que sí. Conozco a Olmedo; conozco a su Ayuntamiento, y conozco a su Alcalde. Yo sueño con una mañana llena de luz en la que al derredor de la estatua de Fray Bartolomé de Olmedo se agruparán todas las Autoridades de la provincia, y las más altas Jerarquías del Estado y las representaciones más ilustres de Guatemala y México, y el pueblo de Medellín y todos los pueblos de Castilla presididos por el de Olmedo que los ha invitado para honrar y enaltecer al más ilustre de sus hijos. Y aquel día, en su rincón de aquella plaza, yo dedicaré mis cantos y lágrimas y cogeré de las ruinas de su viejo convento un ramo de flores amarillas para ponerlas con mis plegarias a los pies evangelizadores del héroe.

## EL SUEÑO, REALIDAD

Tiene este Ayuntamiento de Olmedo, con su activísimo Alcalde a la cabeza, dos cualidades que no suelen ser frecuentes en otras Corporaciones Municipales.

Primera, la de saber recoger las iniciativas de los ciudadanos y de los órganos de la opinión pública, cuando son racionales, cuando son prácticos, y cuando pueden redundar en honor y provecho de la ciudad que representan. Segunda, la de realizar estas iniciativas, una vez aceptadas, con prisa, con entusiasmo, sin apatías inútiles y sin demoras nocivas.

Bien merece por esto ser puesto como ejemplo con el aplauso cordial que con estas líneas le dedicamos.

Hace solamente unos días publicamos en este rinconcito antiguo y amable unos ligeros estudios históricos sobre el gran Mercedario Fray Bartolomé de Olmedo, héroe espiritual de la conquista de la Nueva España. Pedimos en aquellos artículos un homenaje a este hombre prócer que fué el primero en evangelizar aquellas tierras tan nuestras.

Pues bien, al día siguiente de publicarse el último artículo, recibimos de nuestro amigo el Alcalde de Olmedo una carta que con gran satisfacción queremos hacer pública. Dice así:

“M. I. Sr. D. Francisco Romero.—Mi distinguido amigo: La redacción de “El Correo de Zamora” viene diariamente enviándome un ejemplar con sus artículos sobre Fray Bartolomé de Olmedo. De su publicación he dado conocimiento a la Corporación Municipal, la que por aclamación, y en principio, acordó hacer constar en acta su sincero agradecimiento hacia V., por cuanto hace para dar a conocer las virtudes que adornaron a nuestro preclaro paisano. Se piensa, al terminar su publicación, editar un librito con sus artículos para darles la mayor difusión posible, y además gestionar lo preciso para que sea una realidad la instalación de un monumento en nuestra Plaza Mayor para que perpetúe su

memoria, de cuyas gestiones en todo momento le tendremos al corriente, como principal artífice para revivir la obra de este gran religioso. Al transmitirle los afectos de lo bien que ha cuajado su labor en esta histórica Villa, particularmente le felicita también sinceramente suyo buen amigo de quien dispone, Filiberto S. Santiago”.

Esto quiere decir que el sueño va a hacerse realidad, que la iniciativa ha caído en buenas manos, y que dentro de poco veremos en la histórica Plaza de Olmedo, cuna de tantos grandes hombres, este monumento que recuerde al hombre más grande de su historia.

Comparto la pequeña gloria de haber sido un iniciador de la idea con el “Correo de Zamora” que la apadrinó largamente en sus columnas. Y conste que ambos debemos estar altamente satisfechos de esta campaña que, por tratarse de la glorificación de un sacerdote santo, redundará en último término en lo que queremos que sea el fin primordial de nuestras campañas: la gloria de Dios y el engrandecimiento de su Santa Iglesia.

Por hoy estas breves palabras. Volveremos, con el favor divino a hablar de ello a su tiempo.

.....  
.....

Y el tiempo llegó. Aunque con paso lento, por los tropiezos que necesariamente se interponen siempre en el camino de las buenas obras.

Se escribía todo lo que antecede allá por el año de gracia de 1954. Un largo paréntesis de silencio, me hizo desconfiar del éxito. No del todo, porque confiaba en la tenacidad castellana de una ciudad que ha demostrado a través de su historia no saber de retrocesos ni desmayos...

En efecto; he aquí que con fecha 1 de septiembre del año corriente llega una nueva carta a mis manos. Y la carta decía así:

M. I. Sr. D. Francisco Romero  
Canónigo Magistral de la S. I. C.  
Zamora

Estimado señor:

Las personas son relevadas, pero los cargos siguen fieles para continuación de las obras que vayan en pres-

tigio de la población que regentan. Y hecha esta obligada premisa, le pongo estas líneas para manifestarle que el Ayuntamiento que me honro en presidir pretende dar cima al homenaje que merece nuestro precioso paisano Fray Bartolomé de Olmedo, cuyos méritos fueron tan bien ensalzados en sus artículos periodísticos a través del "Correo de Zamora". Estos artículos han sido recopilados y con ellos tratamos de hacer un librito para su distribución entre el vecindario. Los está confeccionando la Imprenta de la Excma. Diputación Provincial de Valladolid, la cual directamente le enviará las pruebas para su aprobación por V., como autor del mismo.

Se intenta con ello dar a conocer la vida de este gran Misionero, y colocar su busto en un pedestal en nuestra Plaza Mayor. Lo que queremos hacer el próximo día 12 de octubre, fiesta de la Hispanidad, y sería nuestro deseo su asistencia a estos actos, lo que confirmaremos con la debida antelación y en momento oportuno.

Sin otra cosa de momento aprovecha la ocasión para ofrecerse a V. como su más humilde y s. s.

q. b. s. m.

EUSEBIO VALERO

Esto quería decir que, renovado el Ayuntamiento de la Ciudad, el nuevo había recogido de manos del viejo la antorcha olímpica, oscurecida pero no apagada, y se disponía a encenderla con una nueva luz para alumbrar con ella el monumento al héroe misionero de la Nueva España.

Para quitarme toda clase de dudas, una Comisión del Ayuntamiento y Clero de Olmedo, presidida por su dinámico y cultísimo alcalde, se vino por estas tierras de Zamora a comunicarme de palabra la fausta nueva.

Ahora va de veras. Dentro de unos días, como lo habíamos soñado, se inaugurará en la Plaza Mayor de Olmedo el monumento a Fray Bartolomé.

¡Dichosos los pueblos que honran a sus héroes!

¡Dichosos los héroes a los que sabe pagar el debido tributo de gloria la gratitud de sus pueblos!









IMP. PROVINCIAL